

Jorge Varela

## CUENTOS CON HUMO (La R también está)

### ACTUACIÓN MAGISTRAL

¡Nació la niña tan esperada! ¡La que iba a ser la Gran Diva que diera fama y gloria a la familia! Sus padres querían darle un nombre simple y fácil de recordar, por lo que se decidieron por María Nicodema de los Ángeles del Niño Jesús. Creemos que, desde que nació sabía cuál sería su destino por lo que aún siendo niña pensó en su nombre artístico y se auto-bautizó como Mariní, simplemente Mariní, sin apellido ni nada. Desde la cuna ya se notaba su talento artístico, cuando hacía alguna gracia o decía un rotundo “ajo” se notaba, tanto por el tono como los distintos matices que daba a su voz, a quién iba dirigido o lo que quería que hicieran, ya sea biberón, cambiar pañales, o cualquier otra cosa que tanto la madre como el padre corrían a satisfacer de inmediato.

De su paso por el parvulario quedó impresa una historia de grandes triunfos. En todas las fiestas (que eran muchas) siempre Mariní recitaba versos o tenía una actuación importante. A los 3 años recitaba poemas de García Lorca y de Adolfo Bécquer, pero su gran choque con el mundo competitivo artístico le llegó a los 13 años. Contaremos los hechos con imparcialidad, aunque nos cueste por la tamaña injusticia que se realizó con ella. En su colegio se decidió hacer un gran montaje teatral, y hasta contrataron a un director profesional que escogió una obra en la que la protagonista era una princesita guapa. Como Mariní sabía que lo era, se anotó la primera, pero... (¡¡¡Las injusticias de la vida!!!!) el director eligió a Evelina, una flaca alta, con una gran melena rubia que le llegaba a la cintura. De guapa, nada, pero debemos reconocer que llamaba la atención. A Mariní, siendo guapa, morenita y de estatura normal, le tocó hacer el papel de doncella, en el que- y somos sinceros- consiguió los mayores aplausos.

Cuando terminó el tiempo “obligatorio” de estudios, comenzó su verdadera preparación: arte dramático, danza, poesía, algo de escenografía (para ubicarse mejor en el escenario) y mucha gimnasia. Y

allí comenzó su “viaje” por distintos teatros en los más diversos papeles, aunque –debemos reconocerlo- el nombre de Mariní figuraba en letras pequeñas y en los últimos lugares de programas y carteles. Pero nuestra heroína sabía que estaba llamada a ocupar un lugar destacado en el Olimpo del Gran Teatro y no cejó en ningún momento. Aunque pudo tenerlos a montones, nunca quiso tener novios ni nada que la alejara de la concentración necesaria para una correcta interpretación de sus personajes (aunque en sus parlamentos muchas veces figuraba sólo una palabra: “¡Hola!”. Indudablemente: en su dedicación y responsabilidad profesional era una maravilla.

Pero todo tiene su fin, y también a Mariní le llegó la hora de hacer un gran papel. Aunque ya había pasado los 60 fue su gran éxito: hizo de abuela en un drama, de esos de varios pañuelos, y consiguió que el público usara varios de ellos, aunque su nombre figuró en el séptimo lugar en una lista de 16 actores. Unos años más y...la jubilación.

Ella tenía sus ahorros y decidió comprar una casita en un pueblo alejado del ruidoso mundo de la farándula. Así fue como llegó a Vallescondido donde encontró una casita confortable, con un pequeño jardín a la entrada y un terrenito para huerta al fondo. Ella de lechugas y tomates sólo sabía pedirlos al hacer las compras, pero unos vecinos muy amables le ofrecieron enseñarle a cultivar zanahorias, calabacines, puerros y otras cosas que ella casi ni conocía. Por las tardes salía al jardín con su mecedora y les contaba a los vecinos- y a quien la quisiera escuchar – sus aventuras dentro del mundo teatral y también

